

Se paró el verdugo con su carga al pié de la fatal escalera, agitado, respirando apenas, y cifó la cuerda alrededor del hermoso cuello de Esmeralda. La desdichada jóven sintió el horrible contacto del cáñamo, levantó los ojos y vió el descarnado brazo del patíbulo de piedra extendido sobre su cabeza. Dió violenta sacudida, gritando con desgarradora voz:—No! no! no quiero!...—La reclusa, cuya cabeza desaparecía bajo el vestido de su hija, no dijo una sola palabra, pero se estremeció todo su cuerpo, redoblando los besos que daba á la gitana. El verdugo aprovechó aquel momento para desanudar los brazos con que apretaba á la sentenciada, y por desfallecimiento ó por desesperacion, la madre soltó á la hija. Cargó el verdugo á su víctima sobre las espaldas, desde las que la hermosa criatura pendía graciosamente doblada, y puso el pié en el último escalon de la escalera.

Entonces, la reclusa, que estaba acurrucada sobre el empedrado, abrió enteramente los ojos, sin lanzar un grito; púsose en pié con expresion terrible y, como una fiera sobre su presa, se arrojó sobre la mano del verdugo y la mordió. Esto sucedió con la rapidez del relámpago. El verdugo dió un bramido de dolor. Acudieron sus criados y con mucha dificultad sacaron la mano ensangrentada de entre los dientes de Gudula, que guardó silencio profundo. Diéronla brutal empujón y la cabeza de ésta cayó con terrible violencia sobre las piedras; cuando quisieron levantarla se volvió á caer; estaba muerta.

Entonces el verdugo, que no habia soltado á la gitana, empezó subir la escalera del cadalso.

II.

La creatura bella blanco vestita.

(Dante.)

Quando Quasimodo encontró vacía la celda y vió que la gitana ya no estaba allí, y que mientras él la defendía la habian robado, se mesó el pelo con las dos manos y pateó de sorpresa y de dolor. Luego echó á correr por toda la iglesia buscando á Esmeralda, aullando gritos extraños por todos los rincones y sembrando de cabellos rojos el pavimento. En aquel mismo instante entraban los arqueros victoriosos en Nuestra Señora, buscando tambien á la gitana. Ayudóles Quasimodo, sin sos-

pechar siquiera las fatales intenciones que les impulsaban; el pobre sordo creía que los enemigos de Esmeralda eran los hampones. El mismo condujo á Tristán á todos los escondrijos posibles, les abrió todas las puertas secretas en el trascoro, en la sacristia, en todas partes; si la infeliz se hubiera encontrado en Nuestra Señora, el jorobado la hubiese entregado á sus enemigos. Cuando el cansancio de no encontrarla aburrió á Tristán, que no se aburría de esto con facilidad, continuó buscándola Quasimodo solo. Dió muchas veces la vuelta á la iglesia en todas direcciones, de arriba á abajo, corriendo, llamando, gritando, registrando, metiendo la cabeza en todos los agujeros, pasando una antorcha por bajo de todas las bóvedas, desesperado y loco. Cuando por fin se convenció de que no estaba allí, de que se la habian robado, volvió á subir lentamente la escalera de las torres, aquella escalera que tan entusiasmado y triunfante subió el día que la libró de la muerte. Volvió á pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, silencioso, pero sin derramar lágrimas y casi sin aliento. La iglesia habia vuelto á quedar en silencio; los arqueros la habian abandonado para perseguir por la Cité á la hechicera. Quedó, pues, solo Quasimodo en la inmensa Catedral, tan sitiada y tumultuosa poco antes, y volvió á tomar el camino de la celda en que la gitana habia dormido tantas semanas bajo su custodia. Al acercarse á la celda creyó volverla á encontrar allí; cuando no la vió al dar la vuelta de la galería que dá sobre el techo de las naves laterales, sintióse desfallecer el pobre sordo y se apoyó en un pilar para no caer al suelo. Se imaginó que quizás hubiera vuelto á entrar, que un génio benéfico la habria conducido allí otra vez, que aquel asilo era pacífico, sereno y delicioso para ocultarse una jóven como ella, y no se atrevia á dar un paso más por temor de destruir esta ilusion.—Sí, se decía á sí mismo; tal vez estará durmiendo ó rezando... no quiero interrumpirla.

Por fin, reuniendo todo su valor, avanzó de puntillas, miró y entró... la celda estaba vacía. El infeliz sordo, á pasos lentos, dió una vuelta por el aposento, levantó la cama y miró debajo, como si pudiese estar escondida entre el colchon y las losas; luego movió la cabeza y se quedó como estúpido. De pronto pisoteó la antorcha furioso, y sin

decir palabra, sin lanzar un suspiro, se arrojó de cabeza contra la pared y cayó al suelo sin sentido.

Quando volvió en sí se echó sobre la cama, se revolcó en ella, besó con frenesí el sitio, tibio aun, donde habia dormido la gitana, y allí quedó inmóvil algunos minutos, como si fuese á espirar; luego se levantó sudando á mares, jadeando, insensato, y empezó á golpear con la cabeza en las paredes con la espantosa regularidad del badajo de las campanas y con la resolucion del hombre que quiere rompérsela. Cayó al fin en el suelo por segunda vez, rendido, y salió arrastrándose de rodillas fuera de la celda, hasta que se acurrucó enfrente de la puerta en actitud de asombro. Permaneció así más de una hora sin hacer ningun movimiento, con el ojo fijo en la desierta celda, sombrío y pensativo como una madre sentada entre una cuna vacía y un ataud lleno. No pronunciaba ni una sola palabra: solo de vez en cuando y con largos intervalos, un sollozo movia con violencia todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas, como esos relámpagos del verano que no hacen ruido.

Entonces fué cuando, buscando en el fondo de su imaginacion desolada quién pudiera ser el raptor inesperado de la gitana, pensó por primera vez en el arcediano. Se acordó de que solo Dom Claudio tenia la llave de la escalera que conducia á la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra Esmeralda, aquella primera en que él mismo ayudó y la última que consiguió impedir; recordó otras muchas circunstancias, y ya no le quedó ninguna duda de que la habia robado Dom Claudio: sin embargo, era tan grande el respeto que profesaba al sacerdote, y echaban tan profundas raices en su corazon la gratitud, el sacrificio y el cariño que sentia por él, que aun resistia en aquel momento á la furia de los celos y de la desesperacion.

Creía que era el raptor el arcediano, y el furor de sangre y de muerte que hubiera sentido contra cualquier otro se convertia en el pobre sordo, tratándose de Dom Claudio, en dolor agudísimo.

Quando estaba sospechando con harto fundamento del clérigo, el alba empezaba ya á blanquear los botareles, y vió en el piso superior de Nuestra Señora, en la vuelta que forma la balaustrada exterior y gira en torno de la ábside, una sombra que andaba, que se acercaba há-

cia él y que no tardó en reconocer; era el arcediano.

Andaba Dom Claudio con paso grave y lento; no miraba ante sí al andar, y aunque se dirigia á la torre septentrional, volvia la cara á un lado, hácia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida, como si procurase ver algo encima de los techos; el buho suele tomar esta actitud oblicua; vuela hácia un punto y mira hácia otro. Así pasó el sacerdote por encima de Quasimodo sin verle.

El sordo, que quedó petrificado al ver esta brusca aparicion, le vió desaparecer por la puerta de la escalera de la torre septentrional; el lector ya sabe que desde dicha torre se vé la casa del Municipio. Quasimodo se puso en pié y siguió al arcediano.

Quasimodo subió por subir la escalera de la torre, para saber á dónde iba el sacerdote; el pobre campanero no sabia lo que hacia ni lo que queria; le agitaban el furor y el miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazon.

Quando llegó á lo alto de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y de entrar en la plataforma, examinó con precaucion dónde estaba el sacerdote: le tenia vuelto de espaldas. Hay una balaustrada calada que rodea la plataforma del campanario. El sacerdote, cuyos ojos estaban fijos en la ciudad, tenia apoyado el pecho en el ángulo de la balaustrada que mira al puente de Nuestra Señora.

Quasimodo, avanzando á pasos de lobo por detrás de él, fué á observar lo que tan fijamente miraba Dom Claudio, y estaba tan concentrada la atencion de éste en otra parte, que no oyó que el sordo andaba muy cerca de él.

Paris ofrece un espectáculo magnífico, encantador, sobre todo el Paris de aquella época y visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora á los primeros albores de una mañana de estío. Era aquel un día de Julio y el cielo estaba enteramente sereno. Algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo de él en diferentes puntos, y habia una en extremo brillante en el claro oriente del horizonte. El sol empezaba á salir y Paris á dar señales de vida. Luz blanca y pura destacaba vivamente los mil planos que presentan sus edificios por Levante. La gigantesca sombra de los campanarios se extendia de techo en techo desde un confin hasta el otro de la gran ciudad. Algunos barrios hablaban ya y hacian

ruido. Aquí se oía una campanada, allí un martillazo, más lejos el chirrido confuso de una carreta andando. Algunas columnas de humo se esparcían acá y acullá por las superficies de los tejados como por las hendiduras de una inmensa azufrería. El río, que riza sus aguas en las arcadas de tantos puentes, en las puntas de tantas islas, ondeaba listado de plata. Alrededor de la ciudad, fuera de las murallas, la vista se perdía en un gran círculo de esponjados vapores, á través de los que se distinguía confusamente la línea indefinida de las llanuras y las graciosas prominencias de las colinas. Toda clase de rumores flotantes se dispersaban sobre la ciudad medio despierta. Hacia el Oriente, el viento de la mañana lanzaba por medio del cielo algunas blancas borras arrancadas al velion de niebla de las colinas.

En el Atrio, algunas mujeres, que llevaban en la mano un jarro de leche, asombradas, se enseñaban unas á otras el descabro singular de la gran portada de Nuestra Señora y los dos arroyos de plomo cuajados entre las rendijas de los estucos. Aquello era todo lo que quedaba del infierno de la noche anterior. La hoguera que encendió Quasimodo entre las torres estaba apagada ya y Tristán había hecho limpiar la plaza y arrojar los muertos al río. Los reyes como Luis XI tienen gran cuidado en lavar pronto el suelo despues de una carnicería.

En la parte exterior de la balaustrada de la torre, precisamente bajo el punto en que se hallaba el sacerdote, había una de aquellas canales de piedra fantásticamente esculpidas que erizan los edificios góticos; y en una hendidura de aquella canal dos hermosos alelíes en flor, que, agitados por el soplo del aire, saludaban juguetonamente. Por encima de las torres, muy lejos, en el fondo del cielo, se oían piar algunos pajarillos.

Pero el clérigo ni oía ni miraba nada de esto; era uno de esos hombres para los que no existen las mañanas, ni los pájaros, ni los flores. La contemplación estaba reconcentrada en un solo punto de aquel inmenso horizonte, que tantos aspectos tomaba á su alrededor.

Deseaba impaciente Quasimodo preguntarle qué había hecho de la gitana, pero parecía que el arcediano vivía en aquel momento fuera del mundo. Pasaba indudablemente por uno de los terribles instantes de la vida en el que el hombre no sentiría desplomarse la tier-

ra. Fijos los ojos en determinado punto, estaba inmóvil y silencioso, pero su silencio y su inmovilidad eran tan formidables y solemnes, que el tétrico campenno no se atrevía á interrumpirlos. Se contentó (lo que hasta cierto punto era interrogar al arcediano) con seguir la dirección del rayo visual de éste, y siguiéndolo, la mirada del infeliz sordo fué á fijarse en la plaza de la Grève.

Entonces vió lo que Dom Claudio miraba. La escala estaba arrimada al patíbulo permanente; había en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados. Un hombre llevaba arrastrando por el empedrado un bulto blanco, al que iba unido otro bulto negro. Este hombre se paró al pié de la horca.

Allí pasó algo que Quasimodo no pudo distinguir bien, no porque su único ojo no conservase toda su perspicacia, sino porque se lo impidió un grupo de soldados que se le puso delante. Además, en aquel instante apareció el sol, y fué tal la inundación de luz que hizo rebosar del horizonte, que parecía que todas las puntas de París, las agujas, las flechas, las chimeneas y los picos de las fachadas se encendían á la vez.

El hombre entre tanto empezó á subir por la escala de la horca, y entonces Quasimodo le pudo ver bien. Llevaba en hombros á un mujer, á una jóven vestida de blanco y con un dogal al cuello. Quasimodo la reconoció; era ella.

De este modo llegó el hombre á lo alto de la escalera; allí arregló el dogal. En este momento el arcediano, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

De repente el hombre rechazó bruscamente con el talon la escalera, y Quasimodo, que no respiraba ya hacia algunos instantes, vió que se balanceaba en el extremo de la cuerda, á dos toesas del suelo, la desdichada gitana, y al verdugo acurrucado con los piés sobre los hombros de la víctima. La cuerda dió muchas vueltas girando sobre sí misma, y Quasimodo vió recorrer horribles convulsiones por todo el cuerpo de Esmeralda. El sacerdote, con el cuello estirado y los ojos fuera de las órbitas, contemplaba el horrible grupo del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

En el momento en que dicho grupo era más espantoso, una carcajada, que no era de hombre, una carcajada de demonio, estalló en el semblante lívido del arcediano. Quasimodo no la oyó, pero la vió; retrocedió algunos pasos detrás

del que se reía, y arrojándose con furor sobre él, le precipitó con las dos manos hácia el abismo, á donde estaba asomado.

—Condenación! gritó el clérigo al caer.

El canalon sobre el que se hallaba le detuvo en su caída. Agarróse á él con desesperación, y en el momento de abrir la boca para lanzar el segundo grito, vió asomarse á la baranda de la balaustrada, por encima de su cabeza, el rostro formidable y vengador de Quasimodo. Entonces ya no gritó.

El abismo estaba bajo sus plantas; iba á caer á más de doscientos piés de altura y sobre el empedrado. A pesar de su terrible situación, el arcediano no pronunció una palabra, ni lanzó un gemido; se retorció, haciendo esfuerzos inauditos para subir encima de él, pero sus manos no podían agarrarse en el granito, y sus piés rayaban la pared ennegrecida, pero sin poder encontrar apoyo. Los que han subido á las torres de Nuestra Señora saben que hay una comba en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada; pues justamente sobre aquel ángulo entrante agotaba el arcediano sus inútiles esfuerzos. No trabajaba sobre una pared perpendicular, sino sobre una pared que huía debajo de sus piés.

A Quasimodo le hubiera bastado tenderle una mano para librarle de la mortal caída, pero ni siquiera le miraba. Su único ojo lo tenía clavado en la plaza de la Grève, en el patíbulo y en la gitana. Se apoyaba con los codos sobre la baranda en el sitio que momentos antes ocupaba el arcediano; allí estaba inmóvil y mudo, como hombre herido por el rayo, y un largo arroyo de llanto salía silenciosamente de aquel ojo, que hasta entonces solo había derramado una lágrima.

Entre tanto, Dom Claudio estaba jadeante. Corría el sudor por su frente; la piedra tenía de sangre sus uñas, y la carne viva de sus rodillas rozaba contra la pared. Oía que la sotana, enganchada en el canalon, crugia y se iba descomiendo á cada sacudimiento que daba, y para colmo de su desgracia, terminaba aquella canal en un cañon de plomo, que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo y que iba doblándose poco á poco. Comprendía el arcediano que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase la sotana, cuando se doblase, le era indispensable

caer, y el espanto le penetraba hasta las entrañas. Miraba algunas veces con insensatez una especie de plano estrecho, formado diez piés más abajo por los accidentes de la escultura, y pedía al cielo, desde el fondo de su alma angustiada, que le permitiese acabar la vida sobre aquel espacio de dos piés cuadrados. Una vez miró á la plaza, al abismo; cuando volvió á levantar la cabeza tenía los ojos cerrados y erizado el cabello.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres. Mientras el arcediano agonizaba de tan espantosa manera á poca distancia de Quasimodo, éste lloraba, mirando fijamente á la plaza de la Grève.

Viendo Dom Claudio que sus arranques solo servían para conmovér el frágil punto de apoyo que le quedaba, tomó la determinación de quedar inmóvil. Se le veía abrazado á la canal, respirando apenas, sin menearse ya, sin más movimiento que la convulsión maquinal del vientre que sentimos soñando, cuando creemos estar cayendo en un precipicio. Perdía, sin embargo, terreno poco á poco; los dedos se le escurrian sobre la canal; cada vez sentía más la debilidad de los brazos y el peso del cuerpo. La corvadura del plomo que le sostenía se inclinaba por momentos hácia el abismo. Veía por debajo de él el techo de Saint-Jean-le-Rond, pequeño como un naipe plegado en dos. Miraba una despues de otra las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio, y no le aterraban, pero en cambio no tenían compasión de él. Todo era de piedra á su alrededor; ante su vista, los monstruos inmóviles; debajo, en el fondo, en la plaza, el pavimento; encima de su cabeza Quasimodo, que lloraba.

Se reunieron en el atrio algunos curiosos que procuraban tranquilamente averiguar quién podría ser el loco que se divertía de un modo tan particular: oiales el sacerdote, porque la voz de los curiosos llegaba hasta él clara y fría:—Pues vá á romperse la crisma!

Quasimodo lloraba.

Por fin el arcediano, colérico de rabia y de terror, comprendió que todo era inútil; reconcentró, sin embargo, el resto de fuerza que le quedaba para hacer el último esfuerzo. Se retiró sobre el canalon, rechazó la pared con ambas rodillas, se agarró con las manos á una rendija de la piedra, y acaso hubiera conseguido trepar con un pié, si la concimción no hubiera hecho doblarse

bruscamente el pico de plomo sobre el que se apoyaba. Al mismo tiempo el empuje desgarró la sotana de arriba abajo. Entonces se encontró sin apoyo, sin otra defensa que las manos crispadas y sin fuerza, enganchadas en cualquier parte, y cerró los ojos el infeliz y soltó la canal. Cayó.

Quasimodo vió cómo caía.

La caída desde tanta altura rara vez es perpendicular. El arcediano, lanzado en el espacio, cayó al principio con la cabeza hacia abajo y los brazos abiertos; luego dió muchas vueltas sobre sí mismo. El viento le arrojó sobre el tejado de una casa, en el que el infeliz empezó á destrozarse; no había muerto aun, sin embargo, cuando llegó al tejado. Vió el campanero que aun procuraba asirse con las uñas á la parte superior de la fachada; pero el plano de ella estaba demasiado inclinado y él carecía de fuerzas; resbalóse rápidamente por el tejado, como una teja que se desprende, y cayó rebotando en las piedras del piso de la plaza. Allí ya no se movió.

Levantó entonces Quasimodo su ojo único para mirar á la gitana, cuyo cuerpo, pendiente del patíbulo, se estremecía á lo lejos, con el traje blanco, en las últimas convulsiones de la agonía; luego dirigió su ojo al arcediano, tendido al pié de la torre y ya sin forma humana, y exclamó, sollozando desde lo profundo de su pecho:—Oh, todo lo que amé!...

III.

Matrimonio de Febo.

Ala caída de aquella tarde, cuando los oficiales del tribunal del obispo fueron á levantar del empedrado del átrio el cadáver dislocado del arcediano, Quasimodo había ya desaparecido de Nuestra Señora.

Corrieron muchos rumores sobre esta aventura. El vulgo creyó que al espirar el término del pacto, Quasimodo, es decir, el demonio, se había llevado á Claudio Frollo, es decir, al brujo, suponiendo que había destrozado el cuerpo para sacar el alma, como los monos rompen la cáscara para comerse la nuez. Por eso no enterraron al arcediano en lugar sagrado.

Luis XI murió al año siguiente, en el mes de Agosto de 1483.

Maese Pedro Gringoire consiguió salvar la cabra y obtuvo algunos triunfos en el género trágico. Despues de

probar la astrología, la filosofía, la arquitectura y la hermética, todas esas locuras, volvió á ocuparse de la tragedia, que es la más loca de ellas. A dar este último paso llamaba el *haber tenido un fin trágico*. Hé aquí lo que con respecto á sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas llamadas del Ordinario:—“A Juan Marchaud y á Pedro Gringoire, el carpintero y el compositor, que han hecho y compuesto el misterio que se representó el día de la entrada del señor legado, por haber dispuesto los personajes y haberlos ataviado como el susodicho misterio requeria, é igualmente por haber construido y dispuesto los tablados que para esto eran necesarios, y por la representacion del misterio, cien libras.”

Febo de Chateaupers también tuvo un fin trágico: se casó.

IV.

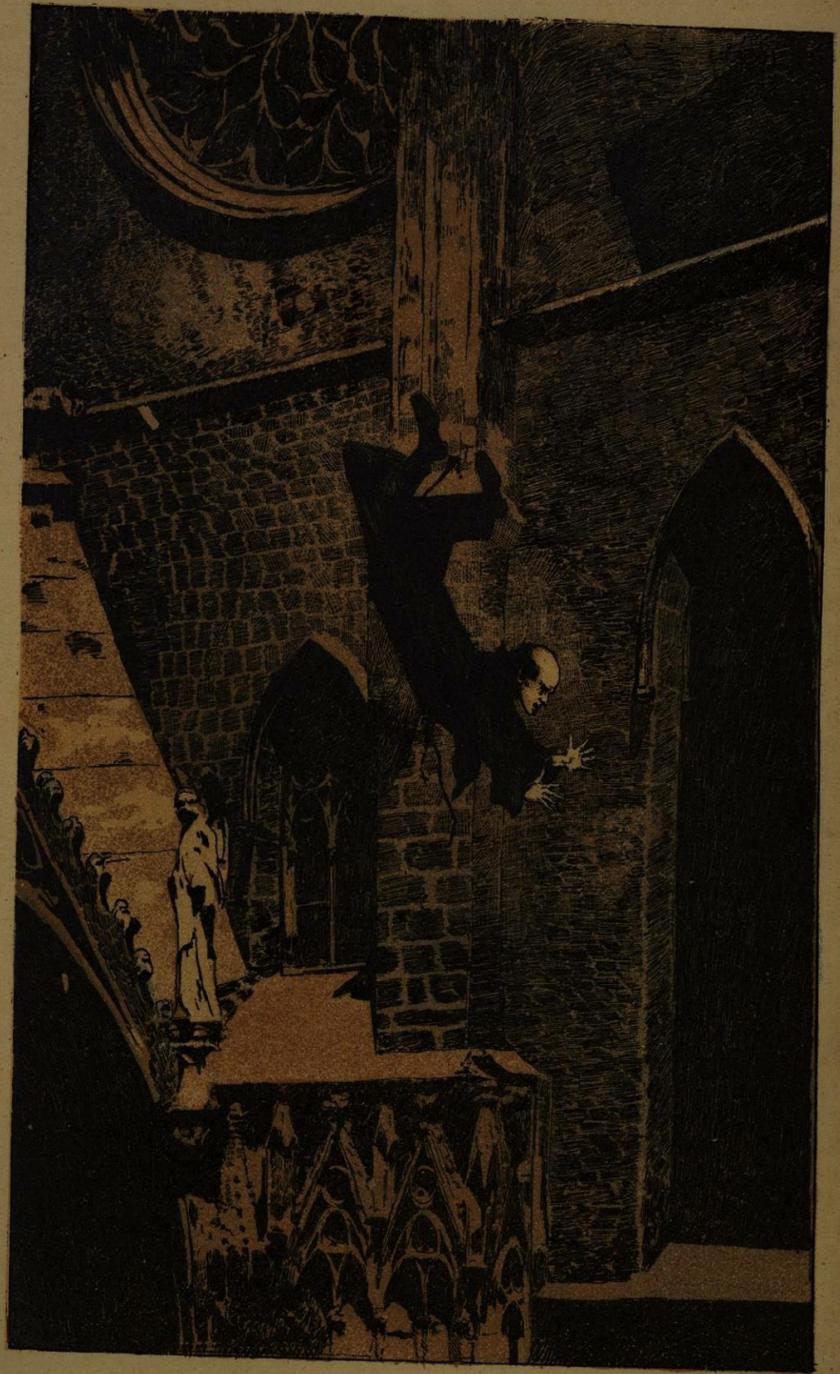
Casamiento de Quasimodo.

Acabamos de decir que Quasimodo desapareció de Nuestra Señora el día de la muerte de la gitana y del arcediano: en efecto, ya no se le volvió á ver, ni aun se supo qué fué del infeliz campanero.

La noche que siguió al suplicio de Esmeralda, los criados del verdugo descolgaron de la horca el cadáver de la desventurada jóven y lo llevaron, según costumbre, al subterráneo de Montfaucon.

Montfaucon era, como dice Sauval, “el más antiguo y el más soberbio patíbulo del reino.” Entre los arrabales del Templo y de San Martín, á ciento sesenta toesas de las murallas de París y á algunos tiros de ballesta de la Courtille, se veía en lo alto de una eminencia, bastante elevada para poder verse desde algunas leguas á la redonda, un edificio de forma extraña, bastante parecido á un cromlech céltico, en el que se verificaban sacrificios humanos.

Imagínese el lector en el remate de un cerro de yeso un abultado paralelepípedo de masonería y de quince piés de alto, treinta de ancho y cuarenta de largo, con una puerta, una pendiente exterior y una plataforma; sobre esta planicie diez y seis pilares enormes de piedra sin labrar, derechos, de treinta piés de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de tres de los cuatro lados de la mole que los sostiene.



EL INFELIZ SOLTÓ LA CANAL Y CAYÓ.

ne, enlazados unos con otros por fuertes vigas, de las que penden de trecho en trecho muchas cadenas, de las que cuelgan esqueletos humanos: en los alrededores y en la llanura, una cruz de piedra y dos patíbulos de segundo orden alrededor del cadalso central, y encima de todo esto, en el cielo, perpétuo vuelo de cuervos: hé aquí lo que era Montfaucon.

A fines del siglo quince la formidable horca, que databa de 1328, estaba ya muy deteriorada; tenía las vigas carcomidas, las cadenas mohosas, los pilares verdosos, las junturas de los sillares estaban completamente abiertas, y cubría la yerba aquella plataforma, que apenas se pisaba ya. Era horrible el contorno que diseñaba en el cielo aquel monumento, sobre todo por la noche, cuando reflejaba la luna sobre cráneos blancos, ó cuando el viento de la tarde rozaba cadenas y esqueletos y movía todo aquello en la oscuridad. Bastaba la sola presencia de aquella horca para convertir en lugares siniestros todos sus alrededores.

La inmensa mole de piedra que servía de base á aquel repugnante edificio estaba hueca. Había dentro de ella un profundo foso, que cerraba una reja de hierro mohosa y rajada, y en dicho foso arrojaban, no solo los restos humanos que se desprendían de las cadenas de Montfaucon, sino también los cuerpos de los ajusticiados en las horcas permanentes de París. En aquel profundo osario, en el que tantos miembros humanos y tantos crímenes se han podrido á la par, algunos grandes de la tierra y algunos

inocentes han contribuido á aumentarlo con sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó á Montfaucon y que era inocente, hasta el almirante Coligni, que fué su último huésped, y que era inocente también.

Respecto á la misteriosa desaparición de Quasimodo, hé aquí lo que hemos podido descubrir.

Diez y ocho meses ó dos años después de los acontecimientos que termina esta historia, al ir á buscar en el foso de Montfaucon el cadáver de Olivier el Gamo, que fué ahorcado dos días antes, al que concedió Carlos VIII la gracia de ser enterrado en San Lorenzo, entre mejor compañía, se encontraron entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los que tenía al otro fuertemente abrazado.

Uno de ellos, que era cadáver de mujer, conservaba aun algunos girones de vestido que debió ser de tela blanca, y alrededor del cuello un collar de granos de sándalo, con un pequeño escapulario de seda recamado de abalorios verdes, que estaba abierto y vacío. Estos objetos eran de tan poco valor, que sin duda el verdugo no los quiso. El otro esqueleto que tenía abrazado á éste era de hombre; tenía la columna vertebral torcida, la cabeza entre los omoplatos y una pierna más corta que la otra; pero no tenía en la nuca ninguna vértebra rota, señal evidente de no haber muerto ahorcado. El hombre á quien había pertenecido fué, pues, sin duda allí y allí murió: cuando quisieron desprender este esqueleto del otro, que abrazaba aun, cayó hecho polvo.